

dad, desde el soberbio palacio hasta la humilde choza; y no había labrador que no encontrase medio de llenar en este día los deseos del Bearnés. ¡Qué sucesión de felices días! ¡Navidad, Año nuevo, la fiesta de los Magos, el Carnaval! En ellos renovaban los arrendadores sus arrendamientos, los trabajadores recibían sus salarios; este era el tiempo de los matrimonios, de los presentes, de las limosnas, de las visitas; el cliente veía al juez, y el juez al cliente; los gremios, las cofradías, los cabildos, los juzgados, las universidades y los ayuntamientos, se reunían al uso de los galos y de las ceremonias antiguas: el enfermo y el pobre eran socorridos. La obligación de recibir á su vecino en esta época, hacia que se fraternizase con él todo el resto del año, reinando por este medio la paz y la unión en la sociedad.

No puede dudarse que estas instituciones religiosas servían eficazmente para conservar las costumbres, manteniendo la sinceridad y amor entre los parientes: nosotros estamos ya muy distantes de aquellos tiempos en que una mujer, al fallecer su marido, buscaba á su hijo mayor, le entregaba las llaves, y le daba las cuentas de la casa como á cabeza de familia. Perdimos ya la alta idea de la dignidad del hombre, que nos inspiraba el Cristianismo. Madres é hijos prefieren deber todo á las condiciones de un contrato, que fiar en los sentimientos de la naturaleza, y ha llegado generalmente á sustituirse la ley á las costumbres.

Y estas festividades eran tanto mas agradables, cuanto mas antiguas, porque al recorrer las edades pasadas, se veía con placer que nuestros abuelos se habían regocijado en la misma época que nosotros. Habiéndose multiplicado bastante estas solemnidades, resultaba que, no obstante los pesares de la vida, había encontrado la Religión el medio de proporcionar, de sucesión en sucesión, algunos momentos de dicha y de consuelo á millones de desgraciados.

En la noche del nacimiento del Mesías ofrecían una pompa llena de inocencia y de magestad las cuadrillas de niños que adoraban el Pesebre, la iluminación y adorno de las iglesias llenas de flores, el pueblo que se acercaba á porfía á la cuna de su Dios, los cristianos que en una capilla retirada hacían paz con el cielo, los gozosos *alleluya*, y el ruido del órgano y de las campanas.

Al último día de júbilo, seguía la ceremonia formidable de la ceniza, bien así como la muerte sigue á los placeres. ¡Oh hombre! decía el sacerdote, *¡acuérdate que no eres mas que polvo, y que te convertirás en polvo!* El oficial que recordaba á los reyes de Persia que eran mortales, ó el soldado romano que abatia el orgullo del vencedor, no daban lecciones mas enérgicas.

Un tomo entero no bastaría para pintar detenidamente las ceremonias de la Semana Santa. Sabido es cuán magníficas eran en la capital del mundo cristiano, y así no nos detendremos en describirlas. Abandonamos á los pintores y á los poetas el encargo de representar dignamente aquel clero enlutado, aquellos altares, aquellos templos velados, aquellas campanas mudas, aquella música sublime, aquellas voces celestiales, cantando los dolores de Jeremías, aquella Pasion mezclada con los mas incomprensibles misterios, aquel santo sepulcro rodeado de un pueblo dolorido, aquel pontífice lavando los piés de los pobres, aquellas densas tinieblas, aquel silencio interrumpido por ruidos formidables, aquel grito victorioso que salía repentinamente del sepulcro, y en fin, aquel Dios triunfante que abriendo el camino del cielo á las almas rescatadas, deja al cristiano virtuoso sobre la tierra, una religion divina é inagotables esperanzas.

## CAPITULO. X.

## FUNERALES.

## Exequias de los potentados.

Si se recuerda lo que dijimos en la primera parte de esta obra sobre el último sacramento de los cristianos, se confesará que en esta sola ceremonia hay mas bellezas que en todo lo que conocemos del culto de los finados, entre los antiguos. No considerando la religion cristiana en el hombre sino su naturaleza moral, ha multiplicado los honores en torno del sepulcro, variando sus pompas segun la clase y destinos del difunto, y haciendo á todos mas dulce por este medio ese duro, aunque saludable pensamiento de la muerte, con que ha querido alimentar nuestra alma; así la tierna paloma reblandece en su pico la semilla que ha de dar á sus hijuelos.

¿Debe la Religión hacer los funerales de algun poderoso de la tierra? pues no temais que le falte grandeza. Cuanto mas desgraciado haya sido el objeto del llanto, tanta mayor pompa mostrará alrededor de su tumba; tanto mas elocuentes serán sus lecciones; solo ella podrá medir la elevacion y la caída, y manifestar aquellas cumbres y abismos, de donde se precipitan y adonde van á parar los reyes.

Abierta la urna de los dolores, y llena ya de las lágrimas de los monarcas y las reinas, y cuando las ilustres cenizas y las grandes desgracias han reducido su doble vanidad á un estrecho ataúd, reúne la Religión á los fieles en algun templo. Las bóvedas de la iglesia, los altares, las columnas, los santos se cubren con velos fúnebres. En medio de la nave se levanta un túmulo rodeado de soberbios flameros, y celébrase la misa de los funerales al pié de aquel que ni nació, ni morirá jamás. Un sacerdote en pié en la cátedra de la verdad, vestido de blanco en medio del luto general, calva la frente, pálido el rostro, cerrados los ojos, las manos cruzadas sobre el pecho, está recogido en profunda meditacion: ábrese de repente sus ojos, despléganse sus manos, y salen de sus labios estas palabras:

«Aquel que reina en los cielos, de quien dependen todos los imperios, á quien únicamente pertenecen la gloria, la magestad y la independencia, es tambien el solo que se gloria en imponer la ley á los reyes, y en darles, cuando le place, grandes y terribles lecciones: ora eleve los tronos, ora los derribe ó comunice su poder á los príncipes, ó les despoje de él, no dejándoles sino su propia debilidad, siempre les enseña sus deberes de un modo soberano y digno de él...

«Cristianos, á quienes la memoria de una gran reina, hija, esposa y madre de reyes tan poderosos y soberana de tres reinos, llama á esta triste ceremonia! Este discurso pondrá á vuestra vista uno de esos terribles ejemplos que revelan por entero nuestra vanidad. En una sola existencia vereis todos los contrastes de las cosas humanas: la felicidad sin límites, á la par del infortunio; un dilatado y penoso goce de una de las mas nobles coronas del universo; todo lo mas glorioso que pueden producir el nacimiento y la grandeza acumuladas en una sola frente, expuesta luego á todos los ultrajes de la adversidad; la rebelion, mucho tiempo reprimida, victoriosa al fin; sin freno la licencia, las leyes abolidas; la magestad regia violada con atentados inauditos; un trono indignamente derrocado...; ved aquí las saludables enseñanzas con que Dios alecciona los reyes.»

¡Recuerdos de un gran siglo, de una princesa desgraciada y de una revolucion memorable, ¡cuán tiernos y sublimes os ha hecho la Religión, al trasmitiros á la posteridad!

## CAPITULO XI.

## Funerales del guerrero; séquito de los ricos, costumbres, etc.

¡Cuán noble sencillez presidía las exequias del guerrero cristiano! Cuando aun había alguna creencia, se veía con placer á un capellan en la tienda de un campamento, celebrar una misa de difuntos sobre un altar formado de tambores. Hermoso espectáculo era ver al Dios de los ejércitos bajar en todo su poder á la voz de un sacerdote sobre las tiendas de campaña, mientras los ancianos guerreros, que habían arrostrado tantas veces la muerte, doblaban sus rodillas delante de un féretro, de un altar y de un ministro de paz. Al redoble de los enlutados tambores, á las interrumpidas salvas del cañon, llevaban los granaderos el cadáver de su valiente capitán á la fosa que le habían abierto con sus bayonetas. Al salir de estos funerales no se iba en busca de las tripodes, de las dobles copas, ni de las pieles de leon con uñas de oro, como se buscaban á porfía en medio de los combates y juegos fúnebres, sino que, en palestra mas gloriosa, y sin inmolar una becerra negra á los manes del héroe, se derramaba en su honor la sangre menos estéril de los enemigos de la patria.

¡Hablaemos de aquellos entierros que se hacían en nuestras ciudades á la luz de las antorchas, de aquellos túmulos, de aquella dilatada fila de carros colgados de negro, de aquellos caballos adornados con plumas y mantillas fúnebres, de aquel profundo silencio interrumpido por los versículos del himno de la cólera, el *Dies ire*? La Religión conducía en esas comitivas de los grandes á los pobres huérfanos, bajo la librea del infortunio: por este medio hacía sentir á los niños que no tenían padre, cierto sentimiento que podía considerarse como un hermoso reflejo de la piedad filial; enseñaba á los ricos que no hay mediacion mas poderosa para con Dios que la inocencia y el infortunio; mostraba en fin, á la indigencia lo que valen en el sepulcro las grandezas humanas.

En el fallecimiento de los clérigos había una costumbre particular: se les enterraba con el rostro descubierta, pues al pueblo le parecía leer en el semblante de su pastor el juicio del Supremo Juez, y observar la alegría del predestinado por entre las sombras de una santa muerte, así como en la oscuridad de una noche serena se descubre la magnificencia del cielo.

Lo mismo se practicaba en los conventos. Vimos en cierta ocasion á una jóven religiosa, tendida de este modo en el féretro: su frente se confundía por su palidez con la toca de lienzo con que estaba medio cubierta; una guirnalda de rosas blancas coronaba su cabeza, y una vela misteriosa ardía en sus manos; pasadas algunas horas se cerró el ataúd, y se depositó en la bóveda fúnebre. No se salvaron de la muerte las gracias y la paz del corazón: así se marchitan las azucenas á pesar del candor de su seno y de la tranquilidad de los vales en que habitan.

Por lo demás, la sencillez de los funerales se reservaba tanto para el labrador, como para el defensor de la patria. Cuatro segadores precedidos del cura conducían en hombros al hombre de los campos al sepulcro de sus padres. Si pasaba el entierro cerca de algunos labradores, estos suspendían sus trabajos, y descubriendo su cabeza se inclinaban profundamente, y honraban con la señal de la cruz al difunto compañero, que llevara la suya sin quejarse. Así caminaba el cadáver por medio de las amarillentas mieses, acaso sembradas por su mano en la heredad de sus abuelos. Véase á lo lejos el ataúd, cubierto con un paño mortuorio, balancearse como una adormidera negra sobre los dorados trigos y sobre las flores de púrpura y azul. Unos niños y una viuda llorosa formaban el piadoso acompañamiento. Al pasar por delante de

la cruz del camino, ó del santo de la roca, se tomaba un breve descanso, se ponía el féretro sobre una piedra, y se invocaba á la *Virgen del campo* á cuyos piés el difunto labrador había pedido en tantas ocasiones una dichosa muerte, ó una abundante cosecha. Allí solía poner al medio día sus bueyes á la sombra, mientras que rodeado de su familia tomaba su frugal alimento de leche y pan moreno, al canto de las cigarras y de las avecillas. ¡Cuán diferentemente descansa ahora! Mas, á lo menos aquellos surcos no serán ya regados con su sudor; su seno paternal ha perdido todos sus afares, y por aquel mismo camino que tantas veces le guiara á la iglesia en los días festivos, va ahora al sepulcro entre los interesantes monumentos de su vida: sus virtuosos hijos, y sus inocentes mieses.

## CAPITULO XII.

## De las oraciones por los difuntos.

Entre los antiguos, se abandonaba casi sin honor alguno el cadáver del pobre ó del esclavo; pero entre nosotros, el ministro de los altares, así debe atender al humilde ataúd del aldeano, como al soberbio mausoleo del monarca. El indigente del Evangelio, al exhalar su último aliento, se convierte repentinamente, ¡cosa sublime! en un ser sagrado y augusto.

No bien el mendigo, objeto de nuestro desprecio, ha abandonado esta vida, la Religión nos obliga á inclinarnos ante él, pues establece una igualdad formidable, ó por mejor decir, nos prescribe respetar á un justo rescatado con la sangre de Jesucristo, y que, de una condicion oscura y miserable, acaba de subir á un trono celestial; así, pues, el gran nombre de cristiano nivela todo en la muerte, sin que el orgullo del mas poderoso potentado pueda lograr de la Religión otra oracion que la misma que ofrece por el humilde aldeano.

Mas, ¡cuán admirables oraciones! Unas veces son exclamaciones de dolor, otras, gritos de esperanza: el difunto se queja, se regocija, tiembla, confía, gime y suplica:

*Exibit spiritus ejus, etc.*  
«El día en que exhalan su espíritu, vuelven á su tierra original, y todos sus vanos pensamientos perecen.»  
*Delicta juventutis meae, etc.*  
«No os acordéis, Señor, de los delitos de mi juventud, ni de mis ignorancias.»

Los llantos del Rey-Profeta se interrumpen por los suspiros del santo árabe:

«¡Cesa, Dios mio, de afligirme, porque mis días nada son! ¿Quién es el hombre para que tú le engrandezcas, y por qué pones en él tu corazón?»

«Y si me buscases mañana, no subsistiré.  
«La vida me es enojosa; me abandono al llanto y á la amargura... Señor, ¿por ventura son tus días como los de los mortales, ó tus años eternos, como los pasajeros del hombre?»

«¿Por qué apartas, Señor, de mí tu rostro, y me tratas como á enemigo? ¿Deberás mostrar todo tu poder contra una hoja que arrebató el viento, y perseguir á una paja seca?»

«El hombre, nacido de la mujer, vive poco tiempo, y gime abrumado de miserias; huye como una sombra, que nunca permanece en el mismo estado.

«Mis años vuelan rápidos, y recorro un camino por donde jamás volveré.

«Pasaron mis días, desvaneciéronse todos mis pensamientos, y todas las esperanzas de mi corazón se disiparon. Digo al sepulcro: *Tú serás mi padre*, y á los gusanos: *Vosotros seréis mi madre y mis hermanos.*»

De vez en cuando, el diálogo del sacerdote y del coro interrumpe la serie de los cánticos.

«El sacerdote. Mis días se han desvanecido como el humo, y hanse convertido mis huesos en polvo.»

»El coro. Mis días han declinado como la sombra.

—¿Qué es la vida? un leve vapor.  
—Mis días han declinado como la sombra.  
—Los muertos duermen en el polvo.

—Ellos resucitarán, unos en la eterna gloria, otros en el sempiterno oprobio.

—Todos resucitarán, mas no como antes.  
—Resucitarán.»

A la comunión de la misa, dice el sacerdote: «Dichosos aquellos que mueren en el Señor; descansan desde ahora de sus trabajos, porque sus buenas obras les siguen.»

Al levantar el ataúd se entona el salmo de los dolores y de las esperanzas: «Señor, yo clamo á tí del fondo del abismo; ¡lleguen á tí mis clamores!»

Al llevar el cadáver á la sepultura, se vuelve á empezar el diálogo: *Qui dormiunt*: «duermen en el polvo.—Resucitarán.»

Si el entierro es de un sacerdote, se añade: «Una víctima se ha inmolado con gozo en el tabernáculo del Señor.»

Al colocar el cuerpo en el hoyo: «Devolvemos la tierra á la tierra, la ceniza á la ceniza, el polvo al polvo.»

En fin, al tiempo de echar la tierra sobre él, exclama el sacerdote con las palabras del Apocalipsis: *Oyóse una voz del cielo que decía: ¡bienaventurados los muertos!*

Empero, no son estas grandes oraciones las únicas que ofrece la Iglesia por los difuntos; que si tiene coronas de flores para el féretro de los niños, y velos tan puros como su inocencia, usa tambien de oraciones análogas á la edad y al sexo de la víctima. Cuando cuatro doncellas, vestidas de lino y adornadas de guirnalda de flores, llevan el cadáver de una compañera á una nave colgada de cortinas blancas, canta el sacerdote en alta voz sobre las cenizas de la doncella un himno á la virginidad. Unas veces es el cántico *Ave maris stellas*, lleno de lozanía, y en que se representa la hora de la muerte como el cumplimiento de la esperanza; otras, reproduce imágenes tiernas y poéticas sacadas de la Escritura: «Pasó como el heno de los campos; por la mañana florecía en toda su gracia, y por la tarde la vimos secarse. ¿No es esta la flor que herida por la reja del arado se marchita, la amapola que inclina su cabeza, abatida por la lluvia de una tempestad? *Pluvia cum forte gravantur.*»

¿Y qué diremos de la oración fúnebre que pronuncia el sacerdote en la muerte de un niño, cuyo féretro le presenta su madre anegada en lágrimas? Entona el himno que los tres niños hebreos cantaban en el horno, y repite la Iglesia al amanecer del domingo: *Benedigan al Señor todas sus obras!* La Religión bendice á Dios porque ha coronado al infante por medio de la muerte, y librándole de los pesares de la vida; convida á toda la naturaleza á que se regocije alrededor de la tumba de la inocencia, y hace resonar, no ya cánticos de dolor, sino voces de júbilo y alegría. Animada del mismo espíritu, canta el *Laudate, pueri, Dominum*, y lo termina con aquel versículo: *Qui habitare facit sterilem in domo: matrem filiorum latantem.* «El Señor que hace fecunda una casa estéril, y que la madre se regocije en sus hijos...» ¡Qué cántico para los afligidos padres! La Iglesia les muestra al hijo que acaban de perder, viviendo en la mansión de la bienaventuranza, y les promete otros hijos en la tierra.

Por último, no satisfecha la Religión con estos desvelos prodigados á cada individuo, ha coronado las cosas de la otra vida con una ceremonia general, en que reúne la memoria de los innumerables habitantes del sepulcro: inmensa comunidad de muertos, en que el grande está al lado al pequeño; república de perfecta igualdad, en donde no se entra sin quitarse el casco

ó la corona, para pasar por la baja y humilde puerta del sepulcro. En el día solemne en que se celebran los funerales de la familia entera de Adam, el alma mezcla sus dolores por los antiguos muertos, con las penas que siente por los amigos recién perdidos. Revístese el pensar, por medio de esta unión, de cierta hermosura inefable, así como un nuevo dolor adquiere el carácter antiguo, cuando el que le expresa ha formado su genio en las antiguas tragedias de Homero. Solo la Religión es capaz de ensanchar el corazón humano de tal modo que pueda contener tantos suspiros y afectos, cuantos son los finados cuya memoria debe honrar.

## LIBRO SEGUNDO.

### Sepulcros.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### SEPULCROS ANTIGUOS.

###### El Egipto.

Muy tristes serian los últimos obsequios tributados á los hombres, una vez despojados del sello de la Religión. Admirable cosa es que la voz de la esperanza se levante del fondo de la tumba, y que el sacerdote del Dios vivo custodie en ella las cenizas del hombre: lo cual representa en cierto modo la inmortalidad, marchando al frente de la muerte.

Los funerales nos conducen á hablar de los sepulcros, que tan gran lugar ocupan en la historia humana. Y para que mejor apreciemos el culto con que los honran los cristianos, examinemos lo que eran en los pueblos idólatras.

Hay un país en la tierra, cuya celebridad procede en parte, de sus sepulcros. Atraído dos veces por la hermosura de sus ruinas y recuerdos, los franceses se han encaminado á esta región: el pueblo de San Luis siente interiormente cierto noble instinto que le obliga á mezclarse en las cosas grandes como él, en todos los ángulos del mundo. No obstante, ¿es cierto que unas momias sean objetos dignos de curiosidad? Parece que el antiguo Egipto temió que la posteridad ignorase algun día qué cosa era la muerte, y quiso que á pesar de los tiempos llegasen á ella algunas muestras de cadáveres.

Ni un solo paso puede darse en este país sin hallar un monumento. ¿Veis por ventura un obelisco? Es un sepulcro. ¿Los trozos de una columna? Son un sepulcro. ¿Un subterráneo? Es otro sepulcro. Y cuando la luna, levantándose por detrás de la Gran Pirámide, brilla sobre el vértice de aquel sepulcro inmenso, parece verse el faro de la muerte, y que se vaga sobre las orillas donde un día el barquero del infierno hacía pa sar las sombras.

#### CAPITULO II.

##### Los griegos y romanos.

Estos enterraban ordinariamente sus difuntos vulgares á la entrada de las ciudades, ó á largo de los caminos públicos, porque los sepulcros son los verdaderos monumentos del hombre viajero.

Esta especie de señales fúnebres, que anunciaban á lo lejos al navegante la costa y el escollo, le ofrecían sin duda un asunto de reflexiones harto graves ¡Oh! El mar debía parecerle un elemento seguro y fiel en aquellas playas donde la tormenta habia roto tantas fortunas gigantes, y devorado tantas vidas ilustres. No lejos de la ciudad de Alejandro, descubriese el pequeño monton de arena levantando por la piedad de un li-

berto y de un veterano á los manes de Pompeyo; cerca de las ruinas de Cartago se veía sobre un peñasco la estatua armada consagrada á la memoria de Catón; en las costas de Italia, el mausoleo de Escipion señalaba el lugar donde este gran hombre murió en el destierro; y el sepulcro de Ciceron indicaba el paraje donde este padre de la patria fue indignamente asesinado.

Pero, en tanto que la fatal Roma erigia en las orillas del mar estos tristes monumentos de su injusticia, la Grecia, para consuelo de la humanidad, hermoseaba las mismas playas, con mas risueños recuerdos. Los discípulos de Platon y Pitágoras, dirigiéndose al Egipto, á donde iban á instruirse en las cosas divinas, pasaban delante de la isla de Io, á la vista del sepulcro de Homero. Era justo que el cantor de Aquiles descansase bajo la protección de Tetis; y podia suponerse que la sombra del poeta se complacia en narrar las desventuras de Ilión á las Nereidas, ó que, en las tranquilas noches de la Jonia, disputaba á las Sirenas el premio del canto.

#### CAPITULO III.

##### SEPULCROS MODERNOS.

###### La China y la Turquía.

Los chinos tienen una costumbre que respira ternura, pues entierran á sus parientes en los jardines. ¡Estan dulce oír en los bosques la voz de las sombras paternas, y conservar siempre en el desierto algunos recuerdos!

En la opuesta extremidad del Asia, tienen los turcos casi la misma costumbre. El Estrecho de los Dardanelos ofrece un espectáculo harto filosófico. Por un lado se levantan los promontorios de la Europa con todas sus ruinas, y por otro se dilatan las costas del Asia, cubiertas de cementerios islamitas. ¡Qué costumbres tan diversas animaron estos parajes! ¡Cuántos pueblos yacen allí, desde que la lira de Orfeo reunió en ellos los salvajes, hasta los días en que estas célebres comarcas volvieron á la barbarie! Pelagos, helenos, griegos meonios, pueblos de Ilión, de Sarpedon, de Eneas, habitantes de Ida, del Tmolos, del Meandro y del Pactolo, súbditos de Mitridates, esclavos de los Césares, romanos, vándalos, tribus de godos, de hunnos, francos y árabes, vosotros establecisteis en esas costas el culto de los sepulcros, y en esto solo fueron iguales vuestras costumbres. La muerte, burlándose á su arbitrio de las cosas y destinos humanos, ha prestado la tumba de un emperador romano á los despojos de un oscuro tártaro, y ha depositado en el sepulcro de un Platon las cenizas de un mollah.

#### CAPITULO IV.

##### La Caledonia ó antigua Escocia.

CUATRO piedras cubiertas de musgo señalan en las malezas de la Caledonia el sepulcro de los guerreros de Fingal. Pasaron Oscar y Malvina, pero nada ha mudado en su solitaria patria. El montañés de Escocia se complace aun en repetir las canciones de sus antepasados: aun es valiente, sensible y generoso; sus costumbres modernas son el agradable recuerdo de sus costumbres antiguas. No es ya la mano del bardo, permitasenos esta figura, la que se oye sobre el harpa, sino aquel leve rumor de las cuerdas producido por el contacto de una sombra, cuando anunciaba por la noche en una sala desierta la muerte de un héroe.

«Carril acompañaba su voz. Su música, llena de dulzura y de tristeza, se asemejaba al recuerdo de las pasadas alegrías, y las sombras de los bardos muertos la

oyeron en las laderas de Slimora. Extendiéronse débiles sonidos á lo largo de los bosques, y los silenciosos valles de la noche se recogieron. Así, en el silencio del medio día, cuando Osian está sentado en el valle, el murmullo de la abeja de la montaña llega á su oído; muchas veces el céfiro lleva á su paso el leve rumor; mas renaciendo de nuevo, vuelve á embelesar á Osian.»

El hombre, en la tierra, es semejante al ciego Osian, sentado sobre los sepulcros de los reyes de Morven: á do quiera que extienda la mano, toca las cenizas de sus padres.

## CAPITULO V.

### Otaíti.

CUANDO los navegantes surcaron por la primera vez el Océano Pacífico, solo vieron extenderse á lo lejos unas olas acariciadas continuamente por aromáticas brisas. Levantáronse luego del seno de la inmensidad muchas islas desconocidas. Unos bosquecillos de palmeras mezcladas de corpulentos árboles, cubrian las costas y bajaban hasta el mar formando un vasto anfiteatro; las azules cimas de las montañas coronaban magestuosamente estos bosques. Aquellas islas, rodeadas de un círculo de corales, parecían mecerse como unos bajeles anclados en medio de las mas tranquilas aguas: la ingeniosa antigüedad hubiera creído que Venus habia rodeado con su ceñidor aquellas nuevas Citeres, para defenderlas de las tempestades.

En medio de tan ignoradas espesuras, la naturaleza habia colocado un pueblo tan hermoso como el cielo que le habia visto nacer. El vestido de los otaitianos se reducía á un tejido de corteza de higuera; habitaban bajo techos contruidos con hojas de morera, sostenidos en pilares de olorosas maderas, y hacían volar sobre las ondas las canoas de velas de junco, banderolas, flores y plumas; tenían danzas y reuniones consagradas á los placeres, y no les eran desconocidas las canciones y escenas amorosas. Todo respiraba allí la mollicie de la vida, en días llenos de calma, y en noches cuyo silencio nada interrumpia; tenderse á la márgen de los arroyuelos, rivalizar en mollicie con las ondas, y andar con sombreros y mantos de hojas: tal era la existencia de los felices salvajes de Otaíti. Los cuidados que ocupan los penosos días de los demás hombres, no eran conocidos entre aquellos isleños, que vagando por los bosques encontraban la leche y el pan en las ramas de los árboles.

Tal se mostró Otaíti á los Coks y Bougainvilles; pero al acercarse á sus costas, distinguieron algunos monumentos de las artes, que se relacionaban con los de la naturaleza: los pilares de Morai. ¡Oh vanidad de los placeres humanos! El primer pabellon que se descubre sobre aquellas playas encantadoras es el de la muerte, que descuella sobre todas las felicidades terrenas.

Empero, no creamos que en esos lugares donde á primera vista solo se advierte una vida insensata, sean desconocidos los graves sentimientos, necesarios á todos los hombres. Tienen los otaitianos sus ritos religiosos y ceremonias fúnebres, como los demás pueblos, y creen que, en la muerte se esconde un alto misterio. Cuando se lleva algun esclavo á Morai, todos huyen del paraje por donde ha de pasar, y el que dirige la comitiva pronuncia en voz baja algunas palabras al oído del difunto. Al llegar al sitio destinado para su reposo, no se entierra el cadáver, sino que se pone en una cuna suspendida, y se cubre su rostro con una canoa boca abajo, símbolo del naufragio de la vida. Algunas veces acude una mujer á llorar cerca de Morai; siéntase introduciendo sus piés dentro del mar, y bajando la cabeza, cubre su semblante con sus cabellos en desórden: las olas acompañan el canto de su dolor,